

## WOLDENBERG

Estamos de vacaciones y no pocos nos fuimos a la playa. La siguiente es una alerta, una alarma, una llamada de atención: el sol es traicionero.

# El inclemente sol

JOSÉ WOLDENBERG

El siguiente artículo es para todos aquellos que se han lanzado a las playas a pasar sus vacaciones. Se sugiere que se lea debajo de una palapa y tomando una cerveza bien fría. Está más que inspirado, como se verá, en unos textos de Rubem Fonseca y en mi experiencia personal.

Empiezo con una dolorosa confesión: entre el sol y yo existe una profunda incompatibilidad. Lo supe desde que era niño. La primera vez que fui a una playa, al segundo día, mi color era como el de un camarón recién cocido y el ardor invadía mi piel. Por eso no puedo recordar el primer día. De eso hace aproximadamente 50 años. Y eso sí no se me olvida.

Todo aquel que haya sufrido quemaduras solares sabrá de qué hablo. El cuerpo es como una brasa ardiente, las articulaciones dejan de serlo, el contacto de la piel con cualquier objeto se vuelve imposible, y lo peor de todo es el sentimiento oceánico que lo abrumba a uno: la estupidez. ¿Para qué me expuse tanto tiempo al llamado Astro Rey? Ahora bien, los que jamás hayan estado en ese trance pueden de una vez tirarse a la alberca y seguir con sus actividades. Lo que sigue les parecerá el delirio de un excéntrico o las excentricidades de un delirante.

Dice Rubem Fonseca que la piel "está dotada de una opulencia de terminales nerviosas que la vuelven un importante órgano sensorial, fuente del primero de nuestros cinco sentidos; el tacto... Nos protege contra agresiones químicas y físicas, actúa como un filtro al permitir una infinidad de mutaciones biológicas, al sintetizar vitaminas esenciales para el crecimiento y también para la calcificación de los huesos... Los va-

los sanguíneos que la cubren mantienen nuestra temperatura constante y permiten el proceso de exhalación, a través de los poros, de partículas líquidas, eso que llaman transpiración. En resumen, la piel protege, metaboliza, armoniza e informa" ("El órgano más grande del cuerpo", en *La novela murió. Crónicas*. Cal y Arena. México. 2008).

¿Por qué entonces no la protegemos? O peor aún: ¿por qué ese afán por cambiarle su color natural? Muchos blancos quieren ser morenos o por lo menos verse tostados; mientras no pocos negros o morenos quisieran verse blancos (el caso extremo, propio de un circo cruel y despiadado, es el de Michael Jackson). Los primeros van a las playas y se cubren de líquidos bronceadores y los más excéntricos acuden a "spas" donde se tienden en camas de donde se levantan como si hubiesen estado tirados en la arena durante cinco horas (se trata de una especie de tostadora de pan para humanos). Los segundos usan cremas blanqueadoras, polvos que atemperan el color y hasta maquillaje. Unos quieren dejar atrás la palidez, los otros los tonos oscuros. Lo dice mejor que yo Fonseca: "nadie está feliz con la piel que tiene y todos creen que, como si fuera una pieza de vestuario, puede ser teñida, estirada, zurcida, cambiada".

Ahora me olvido de los morenos que quieren ser blancos y me concentro sólo en los blancos que quieren ser morenos. El escritor brasileño atribuye a la tradición de actuar como "monos colonizados", la moda de broncearse en las playas. Él recuerda cómo en Río de Janeiro los hombres usaban sombrero y las mujeres sombrilla para protegerse de los inclementes rayos solares, hasta que por imitar a los gringos, esos artefactos fueron tirados a la basura. Y si a ello le su-



Fecha <b>27.12.2008</b>	Sección <b>Primera - Opinión</b>	Página <b>9</b>
----------------------------	-------------------------------------	--------------------

mamos la ola que proclamó que una piel tostada era signo de salud, quizá podamos entender por qué tantas personas normalmente racionales y prudentes se tiran en las playas como si fueran lagartijas.

Hoy sabemos que el sol es peligroso. Yo lo sabía hace medio siglo. Pero la inmensa mayoría de mis amigos no. Ellos creían –repito– que el sol era fuente de salud y que una piel achicharrada era el mejor signo de vitalidad. No voy a contar los episodios tristes que esa superchería ha causado, pero sí a constatar que aquella creencia se ha debilitado entre la gente más o menos informada. Hoy estamos al tanto que el exceso de exposición al sol causa o puede causar no sólo quemaduras pasajeras sino incluso cáncer.

(Releo lo que acabo de escribir y no entiendo el tono histérico de mis notas. Sin embargo, decido continuar. Es probable que los rayos solares –aunque sea de manera oblicua– estén reblandeciendo mis ya de por sí reblandecidas circunvoluciones cerebrales).

A pesar de la oscilación en la moda médica, cada vacación el número de los chamuscados se multiplica. Los hay que son ignorantes, que simplemente no saben que el calor del sol quema. Existen también los vanidosos, que “por verse bien” son capaces de todo, incluso de sufrir un buen rato. Y los que se achicharran por accidente, porque se suben a una lancha y piensan que el paseo será muy corto o los que se ponen a jugar futbolito y al, literalmente, calor del juego se les olvida que están ex-

puestos al sol. Todos ellos se merecen lo que les pasa. Con el sol –sobra decirlo– no se juega.

El sol es amable por un breve tiempo, amistoso si se guardan las distancias, benévolo como los amigos que vemos una vez cada año, pero invariablemente traicionero porque nunca avisa el paso del calorcito sabroso al achicharramiento vergonzante.

Si ello es así, cierro con Fonseca de nuevo: “Vayamos a la playa antes de las diez de la mañana o después de las cuatro. El mar es bello, incluso cuando está contaminado. Pero el aire también está contaminado y la gente no deja de respirar. Recuerde: el bloqueador solar no impide que el socio del dermatólogo le envíe, diariamente, más y más clientes” (“El mar, la playa y el sol”, en *Ibid*).